



PETER  
FRANKOPAN

\*\*\*\*\*

LA PRIMERA  
CRUZADA

La llamada de Oriente

\*\*\*\*\*

CRÍTICA

Peter Frankopan

# La Primera Cruzada

La llamada de Oriente



Traducción castellana de  
Luis Noriega

**CRÍTICA**  
BARCELONA

Primera edición: enero de 2022

*La Primera Cruzada. La llamada de Oriente*  
Peter Frankopan

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The First Crusade. The Call from the East*

© Peter Frankopan, 2012

© de la traducción, Luis Noriega, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-373-5  
Depósito legal: B. 17.125-2021  
2022. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex



## Europa en crisis

La Primera Cruzada definió la Edad Media. Proporcionó a la caballería europea una identidad común anclada con firmeza en la fe cristiana. Influyó en la conducta al erigir la piedad y el servicio en dos de las cualidades individuales más apreciadas y, por ende, ensalzadas en verso y en prosa, en canciones y en obras de arte. Idealizó el concepto del caballero devoto, que lucha en nombre de Dios. Consolidó al papa como líder relevante no solo en el ámbito espiritual, sino también en el político. Otorgó un propósito común a los principados occidentales al crear un marco en el que la defensa de la Iglesia se consideraba no ya deseable sino obligatoria. De la Primera Cruzada surgieron las ideas y las estructuras que darían forma a Europa hasta la Reforma.

Irónicamente, la Primera Cruzada fue en sí misma el producto de la discordia y la desunión, pues en la segunda mitad del siglo XI Europa estaba dividida por multitud de conflictos y crisis. En todo el continente, este fue un período de conquistas y gran agitación. Inglaterra se encontraba bajo ocupación normanda y apenas lograba resistir los persistentes ataques lanzados desde Escandinavia. Apulia, Calabria y Sicilia también estaban experimentando un proceso de transformación a manos de inmigrantes procedentes de Normandía, primero mercenarios y luego oportunistas, que llegaban al sur atraídos por las abundantes recompensas económicas que ofrecía. España se hallaba en un momento de transición, con los cristianos expulsando ciudad por ciudad a los musulmanes que durante más de tres siglos habían controlado la Península. Alemania también padecía considera-

bles trastornos y los levantamientos contra la corona se sucedían de forma regular. Entretanto, las presiones a las que estaba sometido el imperio bizantino se habían hecho crónicas y, amenazado por vecinos cada vez más agresivos, sufría constantes asaltos e invasiones en las fronteras norte, este y oeste.

El siglo XI fue asimismo una época de violentas disputas entre el papado y los principales magnates de Europa que condujeron a la excomunión de importantes soberanos, en algunos casos en más de una ocasión. En su empeño por reivindicar su autoridad sobre el mundo secular, el papado excomulgó al menos una vez a casi todas las figuras más ilustres del período: Enrique IV de Alemania, Felipe I de Francia, el rey Haroldo de Inglaterra, el emperador bizantino Alejo I Comneno y el duque normando Roberto Guiscardo, entre otros.

La Iglesia misma estaba dividida. Los enfrentamientos en el seno de la Iglesia latina eran tan grandes que a finales del siglo XI había papas rivales, cada uno de los cuales reclamaba ser el heredero legítimo del solio de san Pedro y contaba con el respaldo de cleros rivales, que reclamaban, a su vez, ser el cuerpo electoral legítimo. A esto se sumaba el conflicto con la Iglesia bizantina, que estaba radicalmente en desacuerdo con prácticas y doctrinas que eran habituales en Occidente y se encontraba en estado de cisma con respecto al papado. Con todo, entre las diferentes disputas en las que estaba inmersa Europa en este período había una en particular, especialmente nociva y prolongada, que suponía una amenaza para la viabilidad de la Iglesia en su conjunto y había destrozado las relaciones entre el papa Gregorio VII y el hombre más poderoso del continente, Enrique IV de Alemania. En la década de 960, los predecesores del monarca germánico consiguieron hacerse con el control de la Italia septentrional y se coronaron emperadores romanos; como consecuencia de ello, vigilaron de cerca al papado y se reservaron cierto derecho a intervenir en el proceso de elección del sumo pontífice. La relación de Gregorio VII y Enrique IV comenzó de forma bastante prometedora tras el ascenso al pontificado del primero en abril de 1073. Los mensajes enviados por el emperador después de la elección infundieron confianza al nuevo papa, a quien se descri-

be como «un hombre religioso, bien versado en ambas ramas del conocimiento [la sagrada y la secular], amante preeminente de la equidad y la rectitud, fuerte en la adversidad ... honorable, modesto, sobrio, casto, hospitalario». <sup>1</sup> Enrique, le escribió Gregorio a un partidario, «nos ha enviado palabras llenas de amabilidad y obediencia, como no se recuerda que él o sus predecesores enviaran jamás a los pontífices romanos». <sup>2</sup>

No obstante, las relaciones entre ambos no tardaron en deteriorarse. Ya antes de convertirse en papa, Gregorio era un prelado pragmático con firmes puntos de vista acerca de la reforma de la Iglesia y el modo de centralizar el poder de Roma de manera más efectiva. Una cuestión que le preocupaba en particular era el nombramiento de los altos cargos eclesiásticos, muchos de los cuales se vendían en lo que no era otra cosa que corrupción organizada. Algunas dignidades llevaban aparejados estipendios lucrativos, además de influencia y autoridad, lo que las convertía en sinecuras muy deseables y, por ende, en recompensas útiles para los señores y potentados que las otorgaban. <sup>3</sup>

Al prohibir la venta de cargos religiosos y declarar que el nombramiento e investidura de los eclesiásticos era una prerrogativa exclusiva del papa, los planes de reforma de Gregorio le pusieron en rumbo de colisión con Enrique, a quien molestó profundamente la interferencia del pontífice en los asuntos de la Iglesia alemana. Para 1076, la relación entre ambos se había deteriorado hasta tal punto que el papa decidió excomulgar al monarca y proclamar que «en nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y a través de su poder y autoridad, niego al rey Enrique, hijo del emperador Enrique, que se ha alzado con un orgullo inaudito contra su Iglesia, el gobierno de todo el reino de los alemanes y de Italia y absuelvo a todos los cristianos de los vínculos derivados de cualquier juramento que le hayan prestado o le presten; y prohíbo a todos servirle como rey». <sup>4</sup>

El que semejante pronunciamiento exacerbaba las tensiones era apenas normal: quienes apoyaban a Enrique declararon que el papa era un criminal y los obispos leales al soberano alemán decidieron excomulgar a su vez al sumo pontífice. <sup>5</sup> Aunque ambos dignatarios se reconciliaron brevemente a finales de la déca-

da de 1070, cualquier posibilidad de entendimiento entre ambos se evaporó de forma definitiva después de que el papa optara por respaldar a los poderosos enemigos que el emperador tenía en Alemania y que buscaban deponerlo. Una vez que Gregorio apoyó las pretensiones de uno de esos rivales al trono alabando su humildad, obediencia y amor por la verdad, en contraste con el orgullo, la desobediencia y la falsedad de Enrique, el emperador tomó medidas drásticas.<sup>6</sup>

En junio de 1080, un concilio eclesiástico celebrado en Bressanona reunió a los obispos de Alemania y la Italia septentrional. El sínodo consideró que Gregorio debía ser echado de Roma por la fuerza y reemplazado por un papa «ortodoxo». Se nombró papa electo a Guiberto, el arzobispo de Rávena, y se decidió que su coronación tendría lugar en Roma la primavera siguiente.<sup>7</sup> Tras verse retrasado por los levantamientos que estaban produciéndose en Alemania, Enrique IV finalmente se puso en marcha hacia Italia, avanzó sobre Roma y tomó la ciudad en 1084. De inmediato se coronó a Guiberto como el papa Clemente III en la basílica de San Pedro; y una semana después, el mismo Enrique fue coronado emperador de Roma. «El papa Clemente», escribió, «nos ha ordenado y consagrado emperador con el consentimiento de todos los romanos en el santo día de la Pascua para júbilo de todo el pueblo romano.»<sup>8</sup>

La entronización de Clemente, un papa rival que aseguraba ser el verdadero heredero del solio de san Pedro y contaba con el respaldo de un sector destacado del clero, amenazó con dividir la Iglesia romana en dos. Aunque Gregorio, que se había refugiado inicialmente en Letrán, logró escapar de Roma y trasladarse a Salerno, donde murió en el exilio en 1085, la situación siguió estando dominada por la incertidumbre y la confusión. Los cardenales gregorianos tardaron casi un año en designar al sucesor del pontífice, e incluso entonces el candidato elegido, el papa Víctor III, tuvo que ser instalado más o menos por la fuerza. Su fallecimiento, tras apenas dieciocho meses en el cargo, condujo a una nueva elección y generó más agitación. En marzo de 1088 se nombró papa a Odón, el cardinal obispo de Ostia, que tomó el nombre de Urbano II. Su designación, sin embargo, no fue reco-

nocida en los territorios alemanes de Enrique IV ni en el norte de Italia, donde el clero continuaba apoyando al antipapa Clemente. La Iglesia estaba sumida en el caos.

En los siguientes años, la Iglesia occidental no parecía estar en condiciones de superar el cisma que la afligía. En el decenio anterior al concilio de Clermont (1095), quien se encontraba en una posición más fuerte era Clemente III, no Urbano II. De hecho, durante los primeros años de su pontificado este último rara vez consiguió penetrar las murallas de Roma, que las fuerzas leales al emperador todavía controlaban con firmeza; incluso su elección había tenido lugar muy lejos de allí, en Terracina, y aunque en 1089 logró entrar brevemente en la Ciudad Eterna —oportunidad que celebró con una procesión, una misa de coronación y la proclamación de una encíclica—, prefirió no correr el riesgo de permanecer mucho tiempo en el lugar y volvió a retirarse poco después.<sup>9</sup> Cuando regresó en la Navidad de 1091, y de nuevo en 1092, se vio obligado a acampar fuera de las murallas de la ciudad y se le impidió cumplir con las labores más básicas del sumo pontífice, incluida la de celebrar la misa en la basílica de San Pedro.<sup>10</sup>

En el momento de su elección como papa, la idea de que Urbano conseguiría inspirar a los caballeros de la Europa cristiana para que marcharan sobre Jerusalén en una gigantesca peregrinación armada hubiera parecido risible. Aunque el pontífice seguía de cerca los acontecimientos en España, donde los cristianos estaban logrando avances significativos a expensas de los musulmanes, poco podía hacer por ellos más allá de enviar cartas entusiastas manifestándoles su apoyo y alentándoles a continuar con la lucha.<sup>11</sup> Dada la difícil situación de Urbano, que incluso en Roma tenía dificultades para movilizar a sus partidarios, su preocupación por la suerte de los fieles en Oriente, por más sincera que fuera, habría tenido escaso peso e influencia en Italia, por no hablar de otras partes de Europa.

En cambio, Clemente III no había dejado de reforzar su posición como verdadero jefe de la Iglesia católica. A finales de la década de 1080, envió una avalancha de cartas a Lanfranco, el arzobispo de Canterbury, en las que lo invitaba a visitar Roma, le solicitaba que el óbolo de san Pedro le fuera pagado a él (en lugar



de a su rival) y se ofrecía a mediar en las disputas que entonces tenían lugar en Inglaterra, además de instar al rey y los obispos del país a brindar su apoyo a la Madre Iglesia.<sup>12</sup> El antipapa (desde el punto de vista de los partidarios de Gregorio y sus sucesores) se puso en contacto con los serbios para confirmar los nombramientos clericales en sus territorios y enviar un valioso palio al arzobispo de Antivari.<sup>13</sup> Asimismo, escribió al jefe de la iglesia en Kiev, la capital de la Rusia medieval, al que envió mensajes de buena voluntad.<sup>14</sup> Clemente III se estaba comportando exactamente como debía hacerlo un papa: contactando, asesorando y apoyando con diligencia a las principales figuras del mundo cristiano. Era él, y no Urbano II, quien parecía más encaminado a pronunciar un discurso capaz de unir a la Iglesia europea a mediados de la década de 1090.

El único ámbito en el que Urbano II tenía una ventaja sobre su rival era en la relación con la Iglesia oriental, si bien esta no estaba exenta de dificultades. Originalmente, Roma y Constantinopla formaban, junto con Antioquía, Alejandría y Jerusalén, las cinco principales sedes de la cristiandad. La caída de estas tres últimas ciudades en manos de los musulmanes durante las conquistas árabes del siglo VII elevó el estatus de las dos capitales restantes, entre las que se desarrolló una rivalidad crónica. Las disputas acerca de la importancia relativa de cada una, así como sobre cuestiones de doctrina y práctica litúrgica, estallaban con cierta regularidad; de hecho, la relación entre ambas sedes llegó a un nivel particularmente bajo en el siglo IX, con los furiosos intercambios entre el papa Nicolás I y el patriarca Focio, el jefe de la Iglesia de Constantinopla.

Con todo, por lo general el tiempo aplacaba las tensiones y las disputas cedían el paso a largos períodos de cooperación. Un manual del siglo X recoge el encabezamiento que debían llevar las cartas remitidas por el emperador bizantino al sumo pontífice: «En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, nuestro único Dios. [nombre] y [nombre], emperadores de los romanos, fieles a Dios, a [nombre], santísimo papa de Roma y nuestro padre espiritual». También obedecían a una fórmula fija los respetuosos términos con los que los embajadores procedentes de

Roma se dirigían al emperador en Constantinopla.<sup>15</sup> La existencia de estas fórmulas indica que la cooperación entre Oriente y Occidente era la norma, no la excepción.

Sin embargo, a mediados del siglo XI, las relaciones entre Roma y Constantinopla se rompieron de forma rotunda. En 1054, una misión enviada por el papa León IX para explorar la posibilidad de una alianza en vista de los intereses comunes del papado y Bizancio en Italia, donde el imperio controlaba las regiones de Apulia y Calabria, fracasó de forma espectacular. Las negociaciones comenzaron con el pie izquierdo, y en lugar de abordar la posible alianza, la discusión se centró en las diferencias entre los ritos latino y griego en la celebración de la misa. Como evidencian las coléricas fuentes originales, era primordial decidir si debía usarse o no pan ácimo (sin levadura) en la eucaristía. Todavía más importante era resolver la controversia que rodeaba la adición al credo de la conocida como cláusula *filioque*, mediante la cual se afirmaba que el Espíritu Santo procedía no solo del Padre sino también del Hijo. Propuesta originalmente en el siglo VI, durante un concilio celebrado en Toledo que no había contado con una gran asistencia, su uso había sido en un principio condenado incluso por el papado. Sin embargo, en un mundo en el que regular las prácticas litúrgicas no siempre era fácil, la utilización de la polémica cláusula fue extendiéndose cada vez más. Para principios del siglo XI estaba tan difundida que se aceptó de manera oficial como parte del credo latino. La adición de la cláusula por parte de Roma fue objeto de furiosas críticas en el Mediterráneo oriental y, sobre todo, en Constantinopla.

Tras la llegada de la embajada romana a la capital bizantina, la situación alcanzó con rapidez un punto crítico. El 16 de julio de 1054, el legado papal, el cardenal Humberto de Silva Cándida, junto con otros enviados de Roma, entraron con paso firme en la gran iglesia de Santa Sofía mientras se celebraba la eucaristía. Fue un momento cargado de dramatismo: sin detenerse siquiera a rezar, se encaminaron directamente a la parte delantera del templo, donde ante el clero y la congregación exhibieron un documento que pusieron con descaro sobre el altar mayor. El patriarca de Constantinopla, decía el texto, había abusado de su

cargo y era culpable de muchos errores en sus creencias y enseñanzas. Por ende, se le excomulgaba de inmediato para que sufriera en el infierno con los peores herejes, que el documento enumeraba con esmero. El patriarca y sus seguidores quedaban sentenciados a la condena eterna, a padecer «con el mismísimo diablo y los ángeles caídos, a menos que se arrepientan. Amén, amén, amén». Tras ello, Humberto dio media vuelta y se dirigió a la salida, deteniéndose solo para quitarse el polvo de las sandalias cuando llegaba a las puertas de la iglesia, desde donde se volvió para dirigirse a la congregación: «Que Dios vea y juzgue», declaró con solemnidad.<sup>16</sup>

Este fue el punto más bajo al que llegaron las relaciones entre Roma y Constantinopla, el inicio de lo que hasta nuestros días se conoce como el «gran cisma». La animosidad entre Oriente y Occidente prácticamente quedó institucionalizada. En 1078, por ejemplo, Gregorio VII publicó una bula en la que se excomulgaba al emperador Nicéforo III Botaniates, a pesar de que este, que acababa de hacerse con el trono, no había tenido hasta entonces ningún contacto con Roma; tres años más tarde, el pontífice haría lo mismo con Alejo I Comneno después de que este depusiera a Nicéforo.<sup>17</sup> Por esta misma época, el papa no solo dio su aprobación a un ataque contra Bizancio, sino que además aportó un estandarte para que ondeara en la batalla contra el ejército imperial. Incluso llegó a respaldar a Roberto Guiscardo, el cerebro del asalto, como candidato al trono de Constantinopla, y ello a pesar de que las pretensiones del normando carecían de cualquier legitimidad y no tenía ninguna posibilidad real de coronarse emperador.<sup>18</sup>

Todo esto hace todavía más llamativa la arenga pronunciada por Urbano en Clermont. Como dejan claro las fuentes de finales de 1095 y principios de 1096, el papa se ocupó de destacar en su sermón el sufrimiento de los cristianos de Asia Menor y la persecución que padecían las Iglesias orientales, es decir, las Iglesias que seguían el rito griego.<sup>19</sup> ¿Qué pudo provocar un cambio de rumbo tan radical en las relaciones entre Roma y Constantinopla? Las razones que explican este giro extraordinario se encuentran en la lucha por el control de la Iglesia en su conjunto a finales del siglo XI y, en particular, en lo débil que era la posición de Urbano en Occidente.

Incluso antes de asumir las riendas del papado, Urbano era muy consciente de que Clemente III y su protector, Enrique IV, estaban ganando la partida y de que eso lo obligaba a construir puentes allí donde fuera posible. Uno de los primeros pasos que dio en esta dirección fue buscar la reconciliación con Constantinopla. Poco después de su elección en 1088, el nuevo pontífice envió una pequeña delegación a la capital imperial para debatir las delicadas cuestiones que habían desatado la polémica tres décadas antes. Tras ser recibidos por el emperador, los enviados expusieron sus puntos de vista de «manera amable y paternal», de acuerdo con el testimonio de un comentarista contemporáneo; entre los temas que abordaron estaba el uso del pan con levadura en la liturgia griega y la eliminación del nombre del pontífice romano de los sagrados dípticos de Constantinopla, que contenían las listas de los obispos, vivos y muertos, a los que consideraba en comunión con la Iglesia.<sup>20</sup>

Alejo I era un exgeneral con gustos espartanos y un enfoque sensato de la fe que, según su primogénita, permanecía despierto hasta altas horas de la noche inmerso, junto a su esposa, en el estudio de las Sagradas Escrituras.<sup>21</sup> El emperador escuchó a los embajadores del papa y ordenó convocar un sínodo con el fin de debatir sus reclamaciones, entre ellas la denuncia de que el cierre de las iglesias que seguían el rito latino en la capital bizantina impedía celebrar el culto a los occidentales que vivían en la ciudad. El monarca en persona presidió el encuentro, al que asistieron los patriarcas de Constantinopla y Antioquía, dos arzobispos y dieciocho obispos, y pidió ver los documentos relacionados con la decisión de eliminar el nombre del papa de los dípticos. Cuando se le informó de que estos no existían y se enteró de que, además, no había ningún argumento canónico que justificara la eliminación del nombre del papa, ordenó que se reintrodujera de acuerdo con la costumbre.<sup>22</sup>

El emperador fue incluso más lejos. A través de los enviados, instó al papa a visitar Constantinopla y poner fin a las disputas que tanto daño habían hecho a la Iglesia en el pasado. En un documento estampado con el sello dorado de la autoridad imperial, propuso la celebración de un concilio especial que reuniera

a prelados griegos y latinos y debatiera las principales diferencias que los separaban. Él prometía atenerse a las conclusiones allí alcanzadas para lograr una definición unificada de la Iglesia de Dios.<sup>23</sup>

Por su parte, el patriarca de Constantinopla, Nicolás III Gramático, escribiría por separado al papa en octubre de 1089 para manifestarle cuánto le alegraba que Urbano quisiera poner fin a la disputa eclesiástica. El pontífice se equivocaba, decía Nicolás con cortesía, si pensaba que el patriarca abrigaba cualquier clase de animosidad personal hacia los cristianos latinos; también se equivocaba al creer que las iglesias que utilizaban el rito occidental en la capital bizantina habían sido cerradas: de hecho, a los occidentales que vivían en Constantinopla se les permitía celebrar el culto usando el rito latino. «Deseamos con todo nuestro corazón, y por encima de cualquier otra consideración, la unidad de la Iglesia», escribió el patriarca.<sup>24</sup>

Estas medidas reabrieron el diálogo con Roma y allanaron el camino para un gran realineamiento del imperio bizantino en vísperas de la Primera Cruzada. Para calmar los recelos que la iniciativa pudiera suscitar en la Iglesia oriental, se encomendó a Teofilacto Hefesto, un destacado clérigo bizantino de la época, preparar un documento que minimizara de forma deliberada la importancia de las diferencias entre las costumbres griegas y latinas. Muchas eran en realidad baladíes, escribió. Los sacerdotes latinos practicaban el ayuno los sábados, en lugar de hacerlo los domingos, y no ayunaban de forma correcta durante la Cuaresma; a diferencia de los sacerdotes ortodoxos, no les parecía mal llevar anillos en los dedos y se cortaban el pelo y se afeitaban la barba; en lugar de vestirse de negro para celebrar la liturgia, lucían casullas de seda de vivos colores; hacían la genuflexión de manera incorrecta; y mientras que los monjes griegos eran estrictamente vegetarianos, a los monjes latinos les encantaba comer manteca de cerdo y carnes de diversas clases. Todas esas diferencias, argumentaba Teofilacto, podían resolverse con facilidad, al igual que la cuestión del uso del pan con levadura en la Eucaristía.<sup>25</sup> En cambio, reconocía que la adición del *filioque* al credo era un problema mucho más grave, y quienes aceptaban la

cláusula conocerían las llamas del infierno.<sup>26</sup> No obstante, tenía aún la esperanza de que los latinos aceptaran eliminarla.<sup>27</sup>

Este cuidadoso reposicionamiento buscaba cerrar la brecha entre Constantinopla y Roma no solo en asuntos religiosos: el objetivo, de hecho, era que allanara el camino para una alianza política e incluso militar. Esta fue una etapa crucial en la génesis de la Primera Cruzada, sin la cual resulta difícil explicar que, apenas unos años más tarde, el papa pidiera a la caballería de Europa marchar en defensa de Bizancio.

Urbano reaccionó con presteza a las positivas señales que emitía Constantinopla. Viajó al sur para reunirse con uno de los pocos potentados que le apoyaban, el conde Rogelio de Sicilia, con el fin de que aprobara su intento de mejorar los vínculos con Bizancio. Rogelio llevaba mucho tiempo preocupado por la agresiva intervención de Enrique IV en Italia. A mediados de la década de 1080, algunos de los partidarios del emperador alemán le animaban a avanzar sobre Constantinopla y dirigirse luego a Jerusalén, donde sin duda le aguardarían gloriosas coronaciones; en el camino, podía aprovechar la ocasión para imponerse también sobre los normandos y hacerse con el control de Apulia y de Calabria, esta última región a expensas de Rogelio.<sup>28</sup> Cuando el conde conoció la invitación de Alejo a celebrar un concilio que enmendara las relaciones entre las Iglesias de Oriente y Occidente, su respuesta fue inequívoca: Urbano debía asistir para liberar a la Iglesia del gran cisma que la aquejaba.<sup>29</sup>

Eso era exactamente lo que el papa quería oír, pues le daba la oportunidad de asumir el papel de unificador de la Iglesia. En el contexto del enfrentamiento con Clemente III, el avance conseguido por Urbano tenía un valor incalculable, algo de lo que su rival era muy consciente. Este se enteró de los intercambios entre Urbano y Constantinopla a través de Basilio de Calabria, un clérigo bizantino de línea dura que detestaba a Urbano desde que este, en su opinión, le impidiera ocupar la diócesis de Regio, en el sur de Italia. En el otoño de 1089, Basilio había acudido al concilio de Melfi para entrevistarse con el papa, que le dejó en claro que se le instalaría en Regio si reconocía su autoridad, algo que el bizantino no estaba dispuesto a hacer. En cambio, otros dos obis-

pos griegos que se encontraban en una situación similar a la suya no tuvieron inconveniente en aceptar la jurisdicción del pontífice sobre sus sedes. Escandalizado por la actitud de sus colegas, Basilio reaccionó con furia.<sup>30</sup> A sus ojos, Urbano II, al igual que su predecesor Gregorio VII, «tres veces maldito», era un personaje indigno de ocupar el solio de san Pedro. En una carta enviada al patriarca de Constantinopla, el bizantino describió al pontífice como un lobo cobarde que se escabullía cuando se le planteaban las preguntas más básicas acerca de la doctrina cristiana y un hereje aficionado a vender cargos eclesiásticos al mejor postor.<sup>31</sup>

Los escrúpulos de Basilio enmascaran el hecho de que el concilio de Melfi fue un acontecimiento significativo en la reconstrucción de las relaciones entre Roma y Constantinopla. Es muy probable que lo que él interpretaba como un sometimiento imperdonable por parte de sus colegas, deseosos de ocupar sus sedes en Rossano y Santa Severina, fuera en realidad un ejemplo importante de la nueva cooperación entre el papado y Bizancio en la Italia meridional.<sup>32</sup>

En cualquier caso, Basilio decidió tomar cartas en el asunto y, tan pronto se enteró de los pasos conciliadores que se estaban dando en Constantinopla, se puso en contacto con Clemente III. El antipapa respondió de inmediato. «Por favor, enviadnos pronto la carta de nuestro santo hermano el patriarca de Constantinopla que habéis mencionado», escribió con relación a las instrucciones que Basilio había recibido con el fin de que se reconciliara con Roma. «También nosotros debemos responderle acerca del tema que tanto nos preocupa; debe saber que hemos preparado todo con diligencia, pues también nosotros deseamos la paz y la unidad y las acogemos con alegría.»<sup>33</sup> En lo que respecta a los reclamos de Basilio, Clemente le tranquilizó prometiéndole que estos serían atendidos y resueltos a su favor sin demora.<sup>34</sup> Si el rival de Urbano de verdad intentó iniciar un diálogo propio con Constantinopla, sus esfuerzos no llegaron muy lejos. Aunque previamente había mostrado cierto interés en construir puentes con la Iglesia griega (como hemos mencionado, escribió a Juan, el metropolitano, o arzobispo, de Kiev, que era de origen bizantino y al que planteó la posibilidad de estrechar lazos), lo cierto es que sus propuestas no

fructificaron. Para Alejo, Urbano resultaba un aliado más atractivo que el antipapa respaldado por el emperador alemán.<sup>35</sup>

Para empezar, el papa todavía tenía mucha influencia en el sur de Italia, una región que había estado durante siglos bajo control bizantino hasta los desastrosos reveses de las décadas de 1050 y 1060, cuando los conquistadores normandos extendieron allí su poder como la gangrena, según la descripción de Ana Comnena: «Pues la gangrena, una vez que arraiga en un cuerpo, no descansa hasta que ha invadido y corrompido la totalidad del mismo».<sup>36</sup> Aunque la caída de Bari en 1071 había puesto fin de forma ignominiosa al dominio imperial en Apulia y Calabria, ambas provincias seguían albergando una población mayoritariamente griega para la que era natural mirar hacia Constantinopla en busca de liderazgo, y a raíz del acercamiento entre Roma y Constantinopla, ese vínculo se reactivó. Desde la conquista normanda, los testamentos, las escrituras de venta y otros documentos formales se fechaban señalando el nombre del actual duque; sin embargo, a principios de la década de 1090 comenzó a utilizarse, cada vez con mayor frecuencia, el nombre y año de reinado de Alejo, un indicio claro de que los lugareños de nuevo veían en el emperador a un guía.<sup>37</sup> La rehabilitación de Bizancio experimentó un nuevo avance digno de mención cuando Urbano levantó la excomunión que pesaba sobre Alejo desde 1081.<sup>38</sup>

Hubo otros signos de un realineamiento de intereses entre Oriente y Occidente. A comienzos de la década de 1090, el monasterio griego de San Felipe de Fragalà se benefició de una oleada de favores. Varias iglesias pasaron a estar bajo su jurisdicción y Rogelio de Sicilia otorgó tierras adicionales a los monjes; el conde, además, expidió un decreto que liberaba a la comunidad de la interferencia tanto del clero latino como de «los barones, los estrategos, los vizcondes y demás».<sup>39</sup> Y hubo ejemplos significativos de cooperación en otras partes, en particular en el ámbito militar. Alejo I envió peticiones de ayuda a todos los rincones con el fin de apuntalar sus fuerzas para hacer frente a las grandes invasiones que estaban produciéndose en los Balcanes a principios de la década de 1090. Tras recibir a los emisarios imperiales en Campania en la primavera de 1091, Urbano se apre-



suró a enviar hombres para ayudar a los bizantinos a luchar contra los pechenegos, los nómadas esteparios que habían lanzado una invasión a gran escala desde el Danubio y penetrado en las entrañas de Tracia. La posterior batalla en el monte Lebunio, en la que la temible tribu resultó aniquilada, fue uno de los enfrentamientos militares más importantes en la historia del imperio.<sup>40</sup>

Por tanto, para 1095 era mucho lo que se había hecho para sanar la desavenencia que desde hacía décadas separaba a Roma y Constantinopla. Aunque el concilio propuesto por Alejo unos años antes aún no se había celebrado, el emperador y el papa habían entablado una buena relación para trabajar en pos de sus intereses comunes. De hecho, si puede darse crédito a lo que sostiene una adición tardía a una fuente del siglo XII, ambos líderes tenían un plan. Según ese testimonio, a principios de 1090 llegaron a la corte de Zvonimir, el rey de Croacia, unos emisarios enviados de forma conjunta por Urbano y Alejo para solicitar caballeros que contribuyeran a socorrer a la atribulada Iglesia bizantina y aliviaran la opresión que padecía Jerusalén a manos de los musulmanes. Si esto es cierto, la embajada fue un ensayo de la proclama que el papa haría en Clermont: una petición de ayuda de la vieja y la nueva Roma; el aliciente de la Ciudad Santa; y el servicio militar como acto de devoción. En el caso del monarca croata, sin embargo, el llamado no tuvo el efecto deseado: de acuerdo con la interpolación, el que Zvonimir estuviera dispuesto a pelear la guerra de otros escandalizó a tal punto a sus caballeros que estos decidieron matarle (otras fuentes, no obstante, sostienen que el rey murió de forma apacible debido a su avanzada edad).<sup>41</sup>

Al buscar la reconciliación con Constantinopla, Urbano se posicionó de manera deliberada como el líder de un mundo cristiano devastado tras años de conflictos, luchas e intensa competencia. Como anotó un cronista contemporáneo, a finales del siglo XI la Iglesia estaba sumida en el caos: «En todas partes de Europa», escribió Fulquerio de Chartres, «la paz, la virtud y la fe estaban siendo brutalmente pisoteadas por hombres más fuertes e inferiores, tanto dentro como fuera de la Iglesia, y era necesario poner fin a todos esos males».<sup>42</sup> Con todo, para consolidarse en el corazón de la cristiandad, Urbano necesitaba un plan más amplio. En

lo referente a la rivalidad con Clemente, los progresos realizados por el pontífice en sus tratos con la Iglesia griega no resultaban suficientes para inclinar la balanza a su favor en Roma, y mucho menos para fortalecer su posición en otras partes de Europa.

Sin embargo, a mediados de la década de 1090, la situación comenzó a cambiar. Para empezar, ciertos sucesos repentinos e inesperados en Alemania le ofrecieron una oportunidad extraordinaria para aventajar al antipapa y su principal partidario, el emperador Enrique IV. Frustradas por la torpeza del monarca, importantes figuras le abandonaron y esas deserciones favorecieron a Urbano. Una fue la de Eufrasia, la hermosa y joven esposa de Enrique, que buscó al pontífice para quejarse de que se le había obligado a cometer tantísimos «actos de fornicación inusualmente sucios con tantísimos hombres que incluso sus enemigos excusarían que hubiera huido [del lado del emperador]. Todos los católicos debían conmovirse y compadecerla en razón del trato que había recibido».<sup>43</sup> Dado el clima de la época, cargado en extremo de hostilidad y suspicacia, con los partidarios del papado ansiosos por aprovechar cualquier suceso que pudiera usarse para desacreditar al emperador, los polemistas se regodearon poniendo en circulación los chismorreos más sórdidos.<sup>44</sup> Todavía más importante fue la deserción de Conrado, el hijo y heredero de Enrique IV, un joven serio que, cansado de las interminables disputas en el seno de la Iglesia y acosado por dudas acerca de sus propias perspectivas tras los reveses militares sufridos por el emperador en el norte de Italia, decidió renegar de su padre y ofrecer su apoyo (y el de sus vasallos) a Urbano.

Estos acontecimientos proporcionaron un impulso inmediato y rotundo a la causa del papa, que anunció la celebración, en marzo de 1095, de un concilio eclesiástico en Piacenza, en el corazón del territorio antes leal a Enrique IV, a poco más de doscientos kilómetros de Ravena, la sede del arzobispado original de Clemente III. Tras la aparición en el concilio de Eufrasia para condenar a su esposo, las denuncias contra el antipapa arreciaron con ferocidad y finalmente se resolvió ofrecer la amnistía a todos los clérigos que hasta entonces hubieran apoyado al emperador. Inmediatamente después del concilio, Conrado se reunió con

Urbano en Cremona, donde, en una demostración ritual y pública de deferencia y humildad, el hijo de Enrique IV, haciendo las veces de mozo de cuadra, sujetó las riendas del caballo del pontífice.<sup>45</sup> En un segundo encuentro, que tuvo lugar apenas unos días después, Conrado juró fidelidad a Urbano y se comprometió a defender su legitimidad; y este, a su vez, le prometió reconocer su derecho al trono imperial.<sup>46</sup> Además, el papa le propuso a su nuevo aliado que se casara con la hija del conde Rogelio de Sicilia, su principal partidario en Italia. La unión, escribió Urbano al noble normando, supondría un gran honor para su casa y sin duda le beneficiaría en el futuro. El matrimonio se celebró en Pisa, y fue, como cabía esperar, una ceremonia espléndida, en la que Conrado se vio colmado de generosos obsequios por parte de su adinerado suegro.<sup>47</sup> Esto contribuyó a mejorar de forma espectacular la posición de Urbano, que dejó de ser un personaje aislado, obligado a acampar fuera de las murallas de Roma, para convertirse en una figura clave en la política europea.

Sin embargo, en Piacenza ocurrió algo más que cambiaría la posición del papado para siempre. Estando el sínodo reunido para discutir los asuntos eclesiásticos (definiciones de herejía; la excomunión del rey de Francia, al que se acusaba de adulterio; cuestiones relacionadas con el sacerdocio), llegó una embajada procedente de Constantinopla.<sup>48</sup> Los enviados traían noticias terribles: el imperio bizantino se encontraba al borde del colapso y necesitaba ayuda con urgencia. Urbano comprendió las implicaciones de inmediato: era la oportunidad de unir a la Iglesia de una vez y para siempre.

El pontífice anunció entonces que viajaría al norte, a Clermont. Y los historiadores de las cruzadas, tanto medievales como modernos, siempre lo han seguido hasta allí. Ahora bien, ¿cuáles eran los desastres que habían tenido lugar en Oriente? ¿Por qué el emperador necesitaba ayuda de forma tan desesperada? ¿Qué había salido mal en Bizancio? Para comprender los orígenes de la Primera Cruzada, debemos encaminarnos, no a las laderas de la Francia central, sino a Constantinopla, la capital imperial.